

E. MIRET MAGDA LENA

Los Obispos españoles están preocupados por la cuestión económica. Como todos los españoles, pero con una diferencia: el ciudadano vive al día y procura sacar el mayor jugo de sus posibilidades; en cambio, la Iglesia-institución, con su pesado y lento caminar, ha dejado correr los años lamentándose de su situación sin hacer nada eficaz, ejerciendo sólo una actividad pedigríeña y buscando ayudas momentáneas y poco claras.

Pero ha llegado el momento de recapacitar, y quien primero lo hizo fue don Antonio Palenzuela, el Obispo de Segovia. Hace casi un año publicó en su Boletín Diocesano un breve pero enjundioso trabajo que tiene ahora la máxima actualidad.

La Conferencia Episcopal, en su XX Asamblea Plenaria, ha tratado también de este tema, y no sólo se ha planteado el problema inmediato, sino el de futuro. Y lo primero que se ha dicho a sí misma es que hay que planificar, haciendo una planificación cuidadosa de la economía de la Iglesia española a todos sus niveles nacionales y diocesanos. Después de nuestra guerra civil me enteré con asombro que Madrid era (al menos entonces) una de las Diócesis más ricas de España, pero que su peculio estaba tan desordenado y tan caótico, que no se beneficiaba apenas de él por falta de decisión del Patriarca Eijo y Garay, quien no tuvo valor de usar técnicos en Derecho Canónico y en economía para cortar por lo sano y hacer una reestructuración eficaz de la Diócesis en el campo financiero.

Y Erasmo, el siempre al día comentarista de actualidades eclesísticas, acaba de analizar en "Pueblo", con acierto, la nota del Arzobispado de Oviedo sobre este problema.

Nuestra Iglesia española va pasando de la situación de brazos caídos y manos muertas, a una aceptación de los métodos económicos de corte capitalista. El paso es positivo, sin duda, pero muchos nos preguntamos si es así como debería resolverse un problema que atañe al futuro espiritual y religioso del país. O, más bien, debería ahondarse más y buscar otros cauces más adecuados a la labor moral propia de una institución religiosa como es la Iglesia.

La Conferencia Episcopal, por boca del franco aragonés que es el Cardenal Bueno Monreal, ha dicho que "urge una planificación económica de la Iglesia".

Y para ello propone tres cosas: 1) "Crear una comisión diocesana de economía con base democrática"; 2) "hacer un inventario de todo el patrimonio de la Iglesia"; 3) "confeccionar un presupuesto tipo" para que sirva de pauta y control a todos los niveles. Además piensa que debe darse "una agilitación y movilización del capital" una vez que se haya conocido ese patrimonio, que hoy está disperso y desordenado, y, muchas veces, sin control. Añade también que hay que

"buscar una fórmula jurídica viable de la aportación del Estado a la Iglesia por su contribución al bien de la sociedad española", términos mucho más comedidos que los empleados hasta ahora para pedir la ayuda estatal.

El Arzobispo de Oviedo, por su parte, ha decidido la creación de "una Gerencia de la Archidiócesis, al objeto de que... supervise la infraestructura económica" y le dé "un enfoque funcional". O sea, que se pretende que el sentido práctico y eficaz de la moderna organización de empresas entre en el ámbito eclesástico y se aplique también a lo económico en la Iglesia. Pero dice Erasmo en "Pueblo" que "por supuesto, no sería lícito hacer de la Diócesis una macroempresa, amparándose tal vez en los beneficios fisca-

EL DINERO DE IGLESIA

les de los que en la actualidad disfruta la Iglesia". Y no sólo por aprovecharse de esta ventaja fiscal, sino que hay que evitar el más mínimo asomo de que sea verdadera la frase "el dinero eclesástico tiene... una irrefrenable vocación capitalista".

¡Cuidado! Bien está que pasemos más allá de las famosas "manos muertas", que fueron el caballo de batalla del siglo pasado, situación que justificó la incautación por parte del Estado de los bienes eclesásticos improductivos. Pero para superar esto no caigamos en la tentación burguesa y capitalista en la organización de lo eclesástico.

Algunos Obispos ya no piensan sólo en la ayuda estatal, aunque todavía están demasiado empeñados en batallar por ella. Pero empiezan estos pocos a comprender que este tipo de ayudas "pudiera afectar en algún sentido a la pureza y a la libertad de la misión de la Iglesia" (Obispo de Segovia). Porque dentro del pluralismo de la Iglesia actual, el que un grupo concreto ejerciera "cualquier presión financiera" es un evidente peligro para la libertad en la misión del cristianismo. Y, por otro lado, la Iglesia no debía pedir sólo para ella, ni siquiera por motivos religiosos, porque eso supondría continuar con la confusión que se ha producido desde hace más de un siglo entre nosotros, haciendo que se considerasen los clérigos y los Obispos como funcionarios al servicio de un Estado que casi siempre ha sido conservador y de clara orientación capitalista-burguesa.

Hay que dar quizá varios pasos sucesivos,

y uno de ellos podía ser dar cauce lógico a la situación de la economía eclesástica y a los problemas financieros del dinero de las Diócesis. Pero hay que dar otro paso más adelante, y buscar, sobre todo, una solución en consonancia con la misión apostólica—espiritual, moral y social— de una Iglesia que debe pretender ser pobre, y no caer en la ambición del poder económico, social o político, porque es envilecedora tal ambición, por más que se la envuelva de sedas y de perifoneos religiosos. El católico Lord Acton lo dijo en el siglo pasado: "El poder corrompe, y el poder absoluto corrompe absolutamente". Y cuando la Iglesia ha pretendido tener este poder absoluto, a cualquiera de los tres niveles citados, se ha envilecido inevitablemente en su aspecto humano.

En mi libro *Catolicismo para mañana*, digo que "el Padre Diez-Alegria se quedó muy corto al hablar de la gran rémora del dinero que posee el Vaticano. La revista *The Economist*, en su número del 27 de marzo del año 1965, publicó que "... las finanzas del Vaticano suponen un capital de más de 300.000 millones de pesetas". Y continuó diciendo: "No hay ninguna duda que esto implica un desarrollo organizativo, una burocracia agobiante, y, en último extremo, una dominación de la vitalidad cristiana, ahogando su espontaneidad, que no tiene semejanza en la Historia". Y no sea ahora que los Obispos de España, en su afición por la modernidad, la entiendan como las oficinas centrales de la burocracia eclesástica.

Utilizar con lógica los bienes económicos que posee la Iglesia es mejor que no hacerlo. Pero todavía hay una cosa mejor: no tener bienes económicos amplios, y así tener que superar necesariamente los cuadros administrativo-burocráticos que nos ahogan, teniendo que convertirse la nuestra en una Iglesia sencilla, modesta y casi sin organización, porque la organización aplasta el espíritu, y en la Iglesia, lo único que debía importar es este espíritu.

El Párroco J. A. Bernabé proponía hace tres años, en la revista *Sal Terrae*, una solución práctica en tres puntos, que debía tenerse más en cuenta para no caer la Iglesia española en la tentación envilecedora del poder. Que: 1) "La mayoría de los presbíteros de la base deberían sostenerse con algunas horas dedicadas al trabajo profesional o manual"; 2) "algunos sacerdotes itinerantes... de jornada completa... deberán ser sostenidos por sus propios fieles"; 3) "la Iglesia, en cuanto tal, podía contar con un moderado patrimonio, nunca capitalista, sino un fondo común social de ayuda comunitaria". Y el Estado "podría" participar en este fondo de seguridad social, y sólo él.

¿Por qué no meditan los Obispos en ello, en vez de centrarse casi sólo en ser grandes empresarios o financieros tras la inoperancia económica en que han vivido hasta ahora?